

Andy Alexander Tenorio Pantoja

Tumaco - Nariño

AROMA A
CHOCOLATE
UNA MANCHA DE ESPERANZA

CUENTO GANADOR
CONCURSO
TERRITORIOS
IMAGINADOS



El estruendo sacudió la tierra y un silencio gobernó aquel campo de juego y risas en el que habían llegado sin saber que aquel espacio contenía en sí minas del conflicto armado de hace muchos años. Una plácida sensación, ajena al dolor, lo envolvía con la calidez de una manta reconfortante, invitándolo a entregarse al dulce sueño. Su cuerpo cada vez más ligero parecía disiparse en el aire donde nada más importaba. Respirar se volvía un esfuerzo arduo, mientras los gritos desesperados de Juan intentaban alcanzarle. Él sacudía su cuerpo inerte, suplicando una respuesta con el rostro inundado en lágrimas, pronunciando palabras que se perdían en la neblina de su conciencia.

—¡Miguel! ¡Resiste amigo, por favor!
—suplicó entre sollozos, presionando la herida para contener la hemorragia.

Miguel entreabrió los labios y le dedicó la última sonrisa al amigo de su infancia que tanto le dolía dejar.

— ¡Te pondrás bien! ¡Resiste no te duermas! —Tomás miró al derredor con desesperación. Estaban solos en aquel campo de arboles robustos, lejos de cualquier ayuda—. Resiste...por favor...

Pero los ojos de Miguel se apagaron lentamente, y su último aliento escapó en un suspiro resignado. Tomás lo meció entre sus brazos, negándose a aceptar que ya no quedaba nada por hacer. Su mejor amigo, su hermano del alma, se había ido para siempre.



En las semanas posteriores, Tomás quedó sumido en la tristeza y la culpa. Vagabundeaba sin rumbo por los campos que alguna vez recorrieron juntos, recordando las risas compartidas, las travesuras, los sueños que habían forjado de niños. Habían planeado convertirse en docentes para ser la guía de muchos niños del pueblo que forjados por el trabajo dejaban de estudiar, querían ser los guías que nunca tuvieron. Miguel ya no estaba y los árboles de cacao que tanto le fascinaban se volvieron su único refugio. Pasaba horas sentado bajo sus copas frondosas, acariciando las duras vainas repletas de semillas como si fueran reliquias sagradas.





Un día, mientras sostenía una de esas vainas y aspiraba su profundo aroma a chocolate, tomó una decisión. Con sumo cuidado, extrajo las semillas una a una y las depositó en la tierra removida. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios por primera vez en mucho tiempo. Había encontrado un camino para honrar la memoria de su amigo.



Desde entonces, se convirtió en un incansable cultivador. Día tras día, plantaba más y más semillas, dando vida a nuevos árboles de cacao que se multiplicaban como una mancha de esperanza imparable. Las personas del pueblo lo miraban entre extrañadas y conmovidas, pues el joven parecía haber encontrado un propósito sanador en esa labor.

Sin embargo, aún quedaba una espina clavada. Cada vez que saboreaba el dulce chocolate proveniente de esas preciadas semillas, los recuerdos de Miguel lo asaltaban con renovada intensidad. La añoranza y la tristeza



Fue así que una tarde, después de beberse una taza humeante del aromático chocolate, lo decidió. Hablaría con su madre y le pediría su apoyo para marchar a la ciudad y cumplir el sueño que tantas veces había esbozado junto a Miguel: ser maestro.

Su madre, una mujer bondadosa y comprensiva, no dudó en respaldar su decisión. Pero su padre, un hombre pesimista, lo consideró un despropósito.



—¿Y para qué quieres estudiar tanto? ¿Acaso no tienes todo lo que necesitas aquí? —bramó con severidad—. Los libros no llenan el estómago ni construyen un hogar. Olvida esas fantasías y hazte un hombre de verdad, que trabaje la tierra como se debe.

Tomás, pensativo por las duras palabras de su progenitor, partió del pueblo hacia la ciudad sin mirar atrás. Conseguir los medios para costearse los estudios fue una ardua tarea, pero aquella promesa de Miguel le mantuvo de pie. Poco a poco, construyó un círculo de amigos y mentores que lo guiaron y apoyaron.

Los años transcurrieron y él se convirtió en un joven maestro apasionado, ansioso por llevar el conocimiento a mentes jóvenes ansiosas por descubrir. Y un buen día, después de la ceremonia de graduación, tomó sus maletas y emprendió el regreso a su pueblo natal con una sonrisa plena.



Al cruzar el viejo camino que serpenteaba entre las plantaciones de cacao, una oleada de emociones lo inundó. Allí seguían los árboles que tanto esfuerzo le había costado sembrar, altos y frondosos, gimiendo al compás de la brisa con un crujido amistoso que parecía darle la bienvenida. Tomás detuvo sus pasos y se sumió en la contemplación, con los recuerdos de Miguel desbordando en su pecho. Pero por primera vez, no había rastro de tristeza. Solo una paz inmensa y una profunda gratitud.

Porque aquel cacao era mucho más que una plantación. Era un símbolo, un legado perpetuo de su amistad inquebrantable. Cada semilla, cada rama, cada hoja, encerraban parte del espíritu bromista e inocente que Miguel siempre llevó consigo. Y Tomás, armado ahora con las herramientas para formar las mentes del mañana, se convertiría en el guardián de ese legado.

Desde ese día, dedicó su vida a inspirar a las nuevas generaciones, a mostrarles el camino hacia la realización personal que un día les fue negado a él y a Miguel.

Y cada vez que uno de sus alumnos descollaba y lograba hacer realidad sus sueños, Tomás esbozaba una sonrisa cálida y melancólica, reviviendo los anhelos compartidos con su amigo a la sombra de aquellos sagrados árboles de cacao.

FIN

